

## EL GRANO MILAGROSO

1º- 3º

El día se acercaba a su fin y el camino se extendía aún lejos en la tierra sin fin. El burro trotaba perezosamente con la cabeza baja. Con pies de plomo caminaba José a su lado. María se sobresaltó del duermevela y apretó al Niño contra sí bajo su manto. Luego abrió los ojos y miró el camino ante sí. Las sombras de la noche se deslizaban sobre la tierra fría y helada. En ninguna parte se veía una aldea o una casa. En la lejanía se alzaban los árboles de un bosque en la niebla gris, que se deslizaba en largos y húmedos velos sobre la llanura.

María tiritaba.

Será una noche fría, pensó. Luego miró a José y vio su paso pesado. Vio también el resignado cabeceo del burro. Estarán aún más cansados que yo, pensó. De nuevo miró a lo lejos. Como un mar tranquilo y silencioso, la niebla avanzaba ahora hacia ellos.

*"Deberíamos descansar un poco, José"*, dijo María.

El burro entendió sus palabras y se detuvo de inmediato. Por un momento giró la cabeza hacia la mujer sobre su lomo, luego la dejó colgar de nuevo con las orejas caídas.

*"Sí"*, respondió José, *"descansar. Estarás cansada."*

*"Tú también."*

*"Yo podría seguir."*

José se agachó y puso con cuidado en el suelo un pequeño saco que había llevado al hombro. Luego miró, igual que María, sobre la tierra. *"Descansar, sí"*, repitió en voz baja. Y el ancho camino a Egipto se perdía desierto en la oscuridad. *¿Cuántos días más?* pensó, *¿cuántos días?* Tenía miedo por María y el Niño.

*"Tendremos que seguir"*, dijo un poco más fuerte. *"La noche se pondrá fría, húmeda y fría. Ya hemos dormido dos veces al aire libre. Eso no lo soportarán más, María, tú y el Niño."*

Tendremos que soportar aún más, pensó María, pero no dijo nada. Ahora estaban completamente envueltos por la niebla. Tiritaban. En la distancia sonó de repente el aullido de un animal salvaje. José se asustó. Eso debía ser un lobo. Lanzó una mirada preocupada a María, quien le sonrió cansada.

*"No temas, José, el Señor protege al Niño. Bajo su custodia estamos seguros."*

José asintió. *"Lo sé"*, dijo suavemente. Pero tenía que pensar en las pruebas que Simeón había predicho en el templo, y en el dolor que les desgarraría el corazón por causa del Niño.

Se agachó con dificultad, tomó el saco de nuevo y se lo colocó en el hombro.

*"Ven, burrito"*, dijo.

Pero el burro se quedó quieto y ahora aguzó las orejas.

"¡Escucha algo, José!"

María se enderezó en la silla. De nuevo tenía la cansada sonrisa en las comisuras de los labios.

Durante algunos instantes escucharon con atención. La niebla los envolvía fría, pero ahora ya no lo notaban. Toda su atención estaba puesta en un leve y regular golpeteo que podían oír en la distancia: *Clac-clac-clac, clac-clac*. Contentos, se miraron.

"*Esos son mayales*", dijo José.

"*Donde están esos, también debe haber gente*", rió María agradecida. "*¡Y un techo sobre nuestras cabezas!*"

"*¡Sí, un refugio para el Niño!*"

"*¡Y para ti!*"

"*¡Y también para ti!*"

José animó de nuevo al burro. "*¡Ven, burrito!*"

Casi cantando sonaba su voz, y el burro se puso en movimiento. En la distancia sonaba el leve chasquido de los mayales.

"*¡Una granja, María! ¡Un buen refugio!*"

María asintió y miró sonriendo al Niño, que envuelto en su manto dormía tranquilo.

De nuevo aulló el lobo en el bosque y la niebla depositó su humedad sobre sus ropas. Se apresuraron hacia adelante en el ancho y largo camino.

"*El ruido viene de la derecha, José!*", dijo María después de un rato, apremiando.

Inmediatamente después, José señaló un camino estrecho que desaparecía lateralmente en la niebla.

"*Ese nos lleva a la granja, María*", dijo alegre. "*Ven, burrito, ven, animalito, allí encontraremos todos nuestro merecido descanso.*"

Agradecido, miró a María, que ahora estaba sentada silenciosamente en el burro, con los ojos bajos, el rostro blanco como una estatua.

"*María*", susurró José suavemente, "*María.*"

El golpeteo se hizo más fuerte. Más rápido que durante sus tres días de viaje, avanzaba ahora el burro por el sinuoso camino secundario. José le acarició el cuello cariñosamente.

"*¡Querido animal, querido animal!*", lo alabó.

*Clac-clac-clac, clac-clac-clac*, chasqueaban los mayales ante ellos. Eso sonaba ahora mucho más cerca. José tenía la sensación de que ahora habían escapado de todo peligro que les amenazara del cruel rey Herodes. Sin embargo, sabía que en realidad no era así.

Clac-clac-clac, clac-clac-clac. "¡Pronto llegamos, María!"

"Dios nos guía, José, por amor al Niño."

"Sí, Dios nos guía." "Quien confía en Él, no teme."

"No, ciertamente no teme."

Sobre la niebla se alzaba el techo de un granero o de una casa hacia el cielo oscuro. Cacareaban suavemente unas gallinas. Una cadena tintineó. Un perro comenzó a ladrar furioso.

"¡Hemos llegado, José, nosotros y el Niño!"

"Hemos llegado, María. ¡Eh, burrito!"

Estaban ante la casa de labranza. José dejó al burro y se dirigió a la puerta. María lo miró en silencio. Quieta estaba sentada en la oscuridad con el Niño en brazos sobre el burro. Su corazón latía tranquilo. Esta sería una noche agradable, de eso estaba convencida.

José llamó a la puerta. Pero no abrió nadie. Un pájaro tardío voló como una sombra entre José y María. Oyeron el zumbido de sus alas. Luego desapareció.

José llamó de nuevo, ahora más fuerte. En el umbral de la puerta apareció una mujer. Con viejos ojos acechantes observó con desconfianza al visitante tardío. El perro en la cabaña ladró furioso. Ella le ordenó que se calmara. Luego saludó a los extranjeros y les preguntó por su destino y de dónde venían. José respondió que venían de Belén y estaban de camino a Egipto, él y los dos en el burro, su esposa y el Niño. La mujer, sorprendida por el largo viaje, juntó las manos. Luego corrió rápido a la casa y trajo a su marido. El granjero vino y miró a los viajeros un momento en silencio.

"¿Vienen de Belén?", preguntó a José.

"Sí", respondió José.

"¿Y quieren hacer el largo camino a Egipto?"

"Sí, amigo. Hoy es nuestro tercer día. Ya hemos pasado dos noches a la intemperie. Me preocuparía por mi esposa y el Niño, si tuviéramos que hacerlo de nuevo hoy. Las noches son frías, y el frío de la niebla penetra hasta los huesos. Permítannos pasar la noche en su granero, por favor."

"Sean bienvenidos", respondió el granjero. "Este es un mal tiempo para viajes largos. Pasen."

"Les agradecemos", dijo José.

Ayudó a María con el Niño a bajar del burro, que luego fue llevado por un criado al establo. Siguieron al granjero y a su esposa a la casa. Dentro ardía un fuego. Comieron juntos. Después, a José se le asignó el mejor sitio junto al fuego, mientras la campesina llevaba a la cansada María y al Niño a la habitación donde podían dormir.

"Les estamos muy agradecidos, buen amigo", dijo José al granjero y extendió las manos sobre el fuego. "Quisiera recompensarles."

Pensó en el pequeño saco que llevaba consigo y donde guardaba **los regalos de los magos de Oriente**. Estos regalos valían mucho. Le daban a José la seguridad de no depender de la caridad en este viaje para María y el Niño.

Pero el granjero rechazó cualquier recompensa. Dijo:

*"Les tratamos como a nosotros mismos nos gustaría ser tratados, si el destino nos llevara de viaje por tierra extraña."*

*"Entonces Dios les recompensará la hospitalidad"*, dijo José.

Al oír este deseo de bendición, el granjero inclinó brevemente la cabeza. Luego se sentaron un rato y miraron en silencio al fuego.

*"Su esposa parece muy cansada"*, comenzó el viejo granjero. *"Deberían darle un día de descanso y quedarse dos noches aquí."*

José pensó un momento.

*"Sí, está muy agotada"*, admitió entonces. *"Han sido días agotadores. Tuvimos que apresurarnos. Y las noches a campo raso no trajeron suficiente descanso."*

*"Entonces quedense un día más."*

*"Me cuesta. Dos bocas más, eso cuenta doble en estos tiempos difíciles."*

El granjero rió.

*"Donde se sacian seis, se sacian ocho. Y el Niño aún se alimenta del delicioso alimento de su madre."*

De nuevo guardaron silencio un buen rato. La mujer se sentó con ellos. El granjero echó unos leños más al fuego, sobre los que inmediatamente lamieron ávidas las llamas. Con crepitar, lenguas de fuego amarillas ascendieron por la chimenea. José preguntó al granjero cómo estaba su trigo de invierno.

El granjero lo miró sorprendido y preguntó si es que no lo había visto.

*"Han venido justo por medio de mis campos, forastero. ¿No han visto grano?"*

José negó con la cabeza. *"Sobre todo había niebla"*, dijo, *"y la noche llegó pronto, demasiado pronto hoy. No reconocimos sus campos. Tuvimos dificultad para mantenernos en el camino. El chasquido de sus mayales nos atrajo. De lo contrario no habríamos tomado el camino lateral y no habríamos encontrado su casa. No se enfaden porque no prestamos atención a su grano."*

El granjero miró a José largo rato. Un momento pareció que una sombra se deslizaba sobre su rostro, pero luego su expresión se aclaró de nuevo. Rió suave y afablemente.

*"No tienen que disculparse, forastero"*, dijo. *"No podían ver nuestro grano. Porque la semilla que hemos sembrado no brota. No germina. Su camino iba sobre campos yermos. Para el próximo año amenaza una mala cosecha."*

*"¿Y sin embargo nos invitan a su mesa?"*, preguntó José inquieto.

El granjero se encogió de hombros.

"*Uno da, mientras tiene*", dijo simplemente.

José se asustó y se enderezó. "No debemos abusar de su bondad", dijo. "Mañana seguiremos viaje por el gran camino. Dios nos dará fuerza y nos guiará."

"¿Quieren seguir por el camino principal?", preguntó el granjero.

"Sí, mañana", respondió José con determinación.

El granjero negó con la cabeza. "Entonces van mal", advirtió a José.

José lo miró sorprendido.

"El gran camino principal pueden tomarlo en verano", explicó el granjero. "En invierno es imposible. Más adelante, el gran camino pasa por un valle profundo, y ese tiene crecidas en invierno."

"Sí", asintió la campesina a su marido, "en invierno el gran camino es intransitable. Entonces hay que tomar este camino lateral."

"¿Lleva este camino a Egipto?", preguntó José con duda en la voz.

"Seguro", confirmó el granjero. "Este es el único camino por el que se puede ir en invierno."

"Así... así...", dijo José pensativo. Con rostro preocupado, miró fijamente al fuego un buen rato.

Finalmente volvió a dirigir la cabeza al granjero.

"¿Creen", preguntó, "que los soldados del rey Herodes lo saben?"

El granjero se encogió de hombros.

"Quizás, quizás no", respondió lentamente. "Aquí en invierno rara vez se ve a alguien del ejército del rey."

Parecía querer decir algo más, pero vaciló. Con mirada inquisitiva examinó a José. Luego miró al frente, y de nuevo reinó el silencio. En los ojos de la campesina se podía leer inquietud.

"A veces sí pasan por aquí soldados, que deben vigilar la frontera", dijo ella después de un rato.

"Pero, ¿por qué preguntan, forastero?"

José asintió.

"Esperaba la pregunta", dijo. "Y por su hospitalidad tienen derecho a una respuesta. He preguntado por los soldados, porque el rey desde hace algunos días busca al Niño que ahora duerme en su casa. Herodes quiere que no siga con vida."

El granjero se levantó consternado, la campesina lanzó un grito.

"¡Forastero!"

Con pesadez, el granjero puso su mano sobre el hombro de José. En su mirada se reflejaba el miedo.

"Forastero, ¿traen desgracia sobre nuestra casa?"

José negó con la cabeza y sonrió.

*"No teman, amigos", respondió. "Les traigo felicidad. Este Niño... algún día lo sabrán todo de él. Hubo canto de ángeles cuando nació. En Oriente vieron los Magos su estrella en el cielo, la siguieron y encontraron al Niño y lo saludaron como a un rey. Gloria a Dios en las alturas, cantaban voces angelicales, y en la tierra paz a los Hombres de buena voluntad."*

*"¿Es un Niño real?", preguntó la campesina conmovida.*

*"Ustedes lo dicen", respondió José.*

*"¿Un rey de la paz?", preguntó el granjero.*

*"Ustedes lo dicen", respondió José.*

*"Tiene un rostro tan tranquilo y amoroso", exclamó la campesina.*

*"No recuerdo", dijo el granjero en un susurro, "haber visto jamás un Niño que me haya hecho sentir tan feliz interiormente."*

*"El ángel se inclinó cuando la mujer con el Niño entró en la casa", dijo la campesina. "Estoy segura de haberlo visto con toda claridad."*

*"Suceden grandes cosas", dijo el granjero serio hacia el fuego, "grandes cosas. Gloria a Dios en las alturas."*

Después de un rato se levantaron para prepararse para el descanso nocturno.

*"Mañana", dijo José, "seguiremos viaje. Ahora podrán comprender que no podemos quedarnos más."*

A la mañana siguiente salió el sol sobre la tierra de Palestina. El cielo estaba sin nubes. La escarcha en los campos brillaba al sol de la mañana. El granjero trajo el burro. José ayudó a María con el Niño a montar. Todos los habitantes de la granja estaban con ellos. El granjero señaló la tierra a su alrededor. Yermos y duros yacían los campos.

*"Es una catástrofe", dijo afligido, "una catástrofe." Luego se animó y se despidió cordialmente. María apretó al Niño contra su pecho. "Dios les bendiga por su hospitalidad, amigos", dijo. "Les agradecemos, también en nombre del Niño."*

*"La paz de Dios sea con ustedes", fue la respuesta.*

Luego la gente retrocedió.

Por última vez, José se dirigió al granjero. *"Sus campos", dijo, "siento lo de sus campos. ¿Tienen aún un poco de semilla de trigo de invierno?"*

El granjero asintió. *"Sí, pero Dios le quitó la fertilidad. No sirve de nada que lo sembremos, forastero."*

*"¡Sirve, amigo! ¡Siémbrenlo, siémbrenlo!"*

En la voz de José había un sonido tan cálido y firme, y en su rostro había una sonrisa tan bella y radiante, y la mujer sobre el burro estaba sentada tan santa y quieta, que todos se conmovieron profundamente.

*"¡Siémbrenlo!", dijo José otra vez. "¡Siembren aún esta mañana! ¡Sembrad desde el gran camino hasta su casa, sembrad desde su casa hasta el bosque, sembrad de campo en campo, sembrad en todos los caminos y taludes, sembrad también en el camino de campo, por todas partes y pronto. ¡Id rápido al trabajo! Hoy al mediodía, cuando el sol esté en lo más alto, comprenderán por qué lo digo. Tengan gracias y hasta la vista, buenos amigos."*

*"Adelante, burrito",* dijo José entonces. Y el burro se puso en movimiento.

*"Adiós, forastero", oyeron aún decir al granjero. "Haremos lo que han dicho. La paz sea con ustedes en la tierra de Egipto."*

Sembraron el grano aún esa misma mañana. Muchas manos esparcieron la semilla. De campo en campo la sembraron, desde el gran camino hasta la casa, desde la casa hasta el bosque, por todas partes sembraron, en todos los caminos y taludes, también en el camino de campo sembraron, como se les había dicho.

Y el milagro sucedió. Tras sus pasos brotaban los tiernos retoños verdes; tras sus pasos los campos se volvían verdes. La vida brotaba de la árida esterilidad, por todas partes, por todas partes. Y cuando el sol al mediodía alcanzó su punto más alto, el trigo de invierno del granjero estaba mejor y más exuberante que ningún otro en todo el amplio entorno. Una llanura reverdeciente y prometedora de fertilidad rodeaba la hospitalaria casa que había acogido al Niño.

Y por la tarde llegaron por el gran camino los soldados del cruel rey Herodes a caballo. Perseguían al Niño como los lobos a su presa. Había soldados de frontera entre ellos, que conocían bien la zona. Iban muy cerca de los fugitivos, eso lo sabían. Pronto tendrían al Niño. ¡La recompensa del poderoso rey Herodes les llenaría los bolsillos!

Se detuvieron en el lugar donde poco antes se desviaba el camino lateral.

*"Aquí debemos girar a la derecha"*, informó uno al capitán. Pero este simplemente se rio de él.

*"¿A través del trigo, bellaco?",* preguntó burlón.

*"Sí, señor, por este camino deben haber ido. Aquí estaba el camino de invierno a Egipto, eso lo sé bien."*

*"¿A través del trigo, bellaco? ¿Por aquí deben haber ido? ¿A través del trigo, directo hacia la granja? ¿Para ser despedazados allí por los perros? ¿Qué labriegos permite que uno pise su trigo? ¡Ninguno! ¿No lo sabes, palurdo? ¿Y hay aquí un rastro? ¿Ves algo? ¡Adelante, hombres, sigan por el gran camino! ¡Ya atraparemos la presa! ¡Muy pronto el rey Herodes nos recompensará! ¡Hombres, adelante!"*

El sol brillaba, y el trigo de invierno se mecía al viento. *¿Susurraba acaso suavemente un secreto entre los jóvenes y frescos retoños?* El trigo de invierno se mecía al viento, la granja estaba en medio, el grano milagroso se extendía desde el gran camino hasta el bosque. Al otro lado del bosque, un estrecho camino de campo recorría la vasta tierra hasta el lejano Egipto. En ese camino, esa tarde, se veían huellas frescas de cascos de burro y marcadas pisadas de dos pies de hombre.